

JOSÉ DE LA CUADRA COMO PRECURSOR DEL REALISMO MÁGICO

María Luz Cevallos¹

*Solo la realidad tiene derecho a ser inverosímil.
El arte, nunca.*

Émille Verhaeren

Los seres humanos continuamente buscamos expresar o exteriorizar lo que percibimos. Hay muchas maneras de plasmar sentimientos, emociones o pensamientos. La literatura es tal vez la forma más utilizada para hacerlo; pero, la realidad tiene muchas formas y cada ser humano la concibe desde una perspectiva diferente, algunas increíbles, otras comunes: todas válidas. Por ello, al ser las vivencias tan diversas se vuelven infinitas, he ahí la magia de la vida.

Escritores como García Márquez, Isabel Allende o Laura Esquivel se han destacado por contar sus vivencias vinculadas con la realidad latinoamericana en un contexto mágico-mítico que en lugar de situar su obra en una categoría irreal la nutre de tradiciones e historias latentes en la conciencia latinoamericana. A esta tendencia que se desarrolló con fuerza durante la segunda mitad del siglo XX, y a la que los críticos denominaron realismo mágico, se inscriben los autores señalados anteriormente. Alguien en este punto seguramente se preguntará: ¿cómo se ubica José de la Cuadra en medio de autores tan renombrados? Una lectura atenta de su obra nos ayudará a afirmar que no solo es uno más de los miembros de la «Generación del 30», llamada también «Grupo de Guayaquil», sino que, por su peculiar estilo, bien podría considerarse como el precursor del realismo mágico o en términos más sencillos: un adelantado al momento que le correspondió vivir.

1. Estudiante de bachillerato del Liceo Internacional de Quito. II premio.

Pese a la distancia cronológica de los autores que despuntaron con el *boom*, es innegable un nexo entre ellos: su incursión en el realismo mágico, ¿acaso esta tendencia tiene su justificación en el origen común, latinoamericano, de todos los escritores? Definitivamente, sí. Nadie ha podido escapar a nuestra realidad: escenarios únicos, rasgos culturales y procesos históricos exclusivos del acervo latinoamericano.

Como primer factor está nuestro medio. Si pensamos en Latinoamérica, imaginamos la inmensidad de la selva, las imponentes y soberanas montañas y volcanes y las fantásticas playas. En segundo lugar, la cultura latinoamericana, rica en mitos y supersticiones se afina en las fuertes raíces de las sociedades primitivas y en el legado español. Como tercer aspecto se puede advertir un proceso histórico común a todos nuestros pueblos: revoluciones, dictaduras, enfrentamientos que han marcado nuestra vida. Si a esto sumamos un creciente proceso de industrialización, encontraremos un mundo latinoamericano que se debate en una gran paradoja: los cambios acelerados de la modernidad que conviven con la fuerte carga mítica apoyada en la tradición. Como resultado de combinar estos factores encontramos una compleja cosmovisión: mitad realidad, mitad mito, y una generación de escritores y cronistas inspirados en este sueño vivo.

Pero, ¿por qué afirmar que José de la Cuadra es el precursor del realismo mágico? Aparte de haber publicado su obra antes que los escritores citados, hallamos en sus cuentos varios elementos que pertenecen en sí a esta corriente. «El realismo mágico no se limita sólo a la coexistencia de lo real con lo mágico. Sino a la transformación de lo real en irreal y viceversa, en una especie de homogeneización de las dos caras en que se nos presenta la realidad» (Carrión, 48). Es irrefutable el hecho de que en José de la Cuadra encontramos rasgos de realismo: descripción de la época, los lugares, las situaciones cotidianas y los personajes pertenecientes al ámbito rural costeño. Una realidad que ha sido desde siempre difícil para nuestros pueblos y que tal vez por esta razón se combina con la magia para enfatizar lo disparatado que suele darse en la realidad y lo ecuánime que podría desprenderse de la fantasía o viceversa. «La Tigra», *Los Sangurimas* y «Banda de pueblo» son algunos de los relatos más conocidos del escritor guayaquileño José de la Cuadra. En estos cuentos se observan ciertas particularidades que se ajustan a la tendencia en mención.

En primer lugar, encontramos la combinación de lo real y lo mágico. Así, en *Los Sangurimas* leemos: «la hacienda de los Sangurimas era uno de los más grandes latifundios del agro montuvio. Ni su propietario conocía su verdadera extensión» (De la Cuadra, 103). Habrá quienes piensen que es fantástico el hecho de que alguien desconozca las extensiones de sus propiedades, más junto a esta posibilidad mágica aparece la existencia real de un sistema latifundis-

ta robustecido con muertes, sangre e injusticia, circunstancias nacionales innegables. ¿Distorsión o ironía de una realidad palpable para nuestro país?

En segundo lugar tenemos la deformación del tiempo y el espacio. Este es un elemento que nos conduce a pensar en la idea del eterno retorno. Al leer los tres relatos nos percatamos que el tratamiento temporal no obedece al común y acostumbrado porque los hechos dejan entrever historias sin fin en las que los ciclos se repiten en una suerte de espirales y disponen los sucesos en una especie de zigzag. En el caso de *Los Sangurimas* se pierde la linealidad narrativa al combinar el presente con el pasado o al incluir historias relacionadas con el protagonista: «el viejo Sangurima contaba alguna vez a sus nietos la historia de la propiedad —Cuando mi mamá me dejó pa'irse al cielo, yo era mocetón no más» (De la Cuadra, 119). En «La Tigra», la ruptura temporal se da desde el inicio cuando se intuye que las primeras páginas están presentándonos el desenlace, «en la casa de la hacienda de la familia Miranda, ubicada en el cantón Balzar, de esta jurisdicción provincial, permanece secuestrada en poder de sus hermanas, la señorita Sara María Miranda, mayor de edad con quien mantengo un compromiso formal de matrimonio que no se lleva a cabo por la razón expresada» (De la Cuadra, 87), y en «Banda de pueblo» el recurso más llamativo es el del cuento dentro del cuento: «Los hermanos Allancay habían bajado desde la provincia de Bolívar y tenían una historia un poco distinta de la de sus otros compañeros (...) cuando muchachos habían trabajado en los latifundios (...) era la época del concertaje desenmascarado y de la prisión por deudas (...) tras un año de labor ruda y continuada no guardaban nada ahorrado, apenas si habían comido, estaban casi desnudos y para remate, tenían con el patrón una cuenta de cien sucres cada uno» (De la Cuadra, 71). El juego temporal, que no es exclusivo del realismo mágico, en los relatos aludidos contribuye a balancear lo mejor o lo peor de la realidad con lo ideal o increíble de lo mágico. Por otra parte, notamos que el entorno complementa al tratamiento temporal de los hechos y aunque haya cambios en tales acontecimientos, el espacio no se ve afectado por éstos, parecería que estuviera sobre ellos con una vida propia, inmutable: «En las noches cerradas, el matapalo vive con una vida extraña, espectral y misteriosa. Acaso dance alguna danza siniestra. A caso dirija el baile brujo de los árboles desvelados» (De la Cuadra, 107).

No se podrá asegurar si este autor guayaquileño fue consciente de que al haber incorporado en su obra varios referentes culturales tales como la supersición, la exageración, el sobrevivir en condiciones hostiles y las concepciones sobre la muerte, el destino y la religiosidad, se convertía en el pionero del realismo mágico. Es probable que, en su intento por plasmar la realidad observada, no pudiera separar el aspecto extraordinario que la integra y que se remonta a concepciones míticas precolombinas, como por ejemplo, el canto de las

lechuzas y la premonición de la muerte: «Las últimas notas las dieron unas lechuzas que tenían su nido en el alero del edificio (...) —Esah son lah que han cortao la moltaja pa mi compadre Piedrahita» (De la Cuadra, 81); la exageración para justificar el poder: «Ño Sangurima se ríe del diablo. Cuando va por su alma, le dice ‘trae el documento pa pagarte’. Y el diablo se muerde el rabo de rabia» (De la Cuadra, 111); la superstición que reemplaza al conocimiento y contribuye al temor y a la desmesura: «Masa Blanca celebró entonces lo que él llamaba la misa mala (...) —¿Ustedes tienen una hermana doncella, no? —Sí. —Bueno, mientras naiden la toque y ella viva en junta de ustedede, se sarvarán... De no, s’irán a lo profundo...» (De la Cuadra, 104).

Todo lo expuesto ha servido para que José de la Cuadra plantee realidades múltiples, matizadas con perspectivas maravillosas.

En obras palabras, el realismo mágico es más que nada una actitud ante la realidad, que puede ser expresado en formas populares no cultas, en estilos elaborados o vulgares, en estructuras cerradas o abiertas. En el realismo mágico, el escritor se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla, de descubrir lo que hay de misterioso en las cosas, en la vida, en las acciones humanas.

José de la Cuadra no será el máximo exponente de esta tendencia, sin embargo es incuestionable que traza el camino para su robustecimiento. Es el precursor de un realismo mágico cuyo tratamiento nace en una realidad que por variados motivos puede calificarse como colosal y ha de plasmarse así. ❖

BIBLIOGRAFÍA

- Carrión de Fierro, Fanny. *José de la Cuadra, precursor del realismo mágico hispanoamericano*, Quito, Edipuce, 1993.
 De la Cuadra, José. *Cuentos escogidos*, s.l., Ariel, s.f.
 Donoso Pareja, Miguel. *Los grandes de la década del 30*, Quito, El Conejo, 1985.